

La pandemia y el oficio de enseñar

■ Por: **Alejandro Álvarez Gallego¹**
rizoma.alejandro@gmail.com

O ptar por ser maestro hoy es algo que se está convirtiendo casi en una decisión heroica, y no debería ser así. Veamos por qué:

La escuela, y con ella el oficio de maestro, está siendo profundamente cuestionada. Siempre ha sido una función polémica, pero desde hace por lo menos 70 años se está viviendo, cíclicamente, una andanada de críticas que ponen en cuestión su existencia misma.

Se ha estado planteando que sería posible una sociedad sin escuelas. Desde las corrientes de *homeschooling*, pasando por la idea de que la presencialidad es obsoleta frente a los avances de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y el supuesto de que la formación se puede garantizar a través de cursos cortos, versátiles, flexibles, adecuados a necesidades puntuales, especialmente relacionados con el mundo productivo. También se ha visto en muchos países una tendencia a privatizarla, entregando en concesión los colegios públicos a empresas privadas para que presten “el servicio”. Se está debilitando el principio de que la educación es un derecho humano fundamental y por lo tanto gratuito, y de obligatorio cumplimiento por parte del Estado.

También se ha generalizado un modelo de gestión de las instituciones educativas

que obedecen a las lógicas de las empresas, buscando eficiencia, competitividad, medición de resultados según criterios de calidad estandarizados, como si lo que se produce en la escuela fueran mercancías. El conocimiento se está convirtiendo en aprendizaje y éste en innovación, medido en fórmulas econométricas interesadas en usarlo como parte de los circuitos productivos que harían la economía más competitiva. Entendido así, lo que se produce en la escuela puede ser apropiado por empresas privadas para ponerlo al servicio del aparato productivo.

Esto está condicionando lo que se enseña en la escuela y lo que hace el maestro, llevándole a atender los llamados Derechos Básicos del Aprendizaje (DBA), medidos en estándares que se comparan en las pruebas como PISA, TIMS, y las pruebas censales de carácter nacional.

De otra parte ha habido un cambio en el sistema de valores que definen la relación maestro–estudiantes, en el que se va perdiendo la autoridad de quien enseña. Cada vez es más difícil trabajar en ambientes de respeto adecuados para que el estudio sea posible. En la relación maestro-alumno-padres de familia, se ha perdido la línea de autoridad que legitimaba el proceso de enseñanza.

“Se está debilitando el principio de que la educación es un derecho humano fundamental y por lo tanto gratuito, y de obligatorio cumplimiento por parte del Estado”

En medio de todas estas amenazas, la actual pandemia se está convirtiendo en la más grave prueba que pueda atravesar la escuela desde que emergiera en el paisaje social y cultural de las sociedades modernas, hace casi cuatrocientos años. Según UNESCO en 186 países se suspendieron clases de manera abrupta entre los meses de enero y marzo, quedando sin clases 1.300.000.000 estudiantes (el 73.8% de todos los matriculados del mundo).

Se supone que continuarían aprendiendo a través de ayudas virtuales, pero millones de familias no tienen conectividad, ni computadores y viven en espacios inapropiados para estudiar; las familias no están preparadas para acompañar a los niños en sus tareas, y los ambientes de conflicto que se agudizan por el confinamiento, lo hace más difícil. Esta suspensión inesperada de la escuela puede durar de tres a cuatro meses, quizás más, según vaya evolucionando la pandemia en cada país. Es posible que durante un par de años los niños puedan regresar a ella intermitentemente y con estrictos rituales de salubridad que quizás cambie la cultura escolar, no sabemos aún de qué manera.

¹ Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica.

Estamos viviendo un experimento social forzado, improvisado, intempestivo, en el que se podrá verificar si lo que estaba pasando con la escuela pública iba por buen camino, o no. Muchos dirigentes políticos y gremiales, dueños de grandes empresas y corporaciones, así como pedagogos neoliberales, que creen más en la competitividad y en la idea de que el mercado puede regular la demanda y la oferta educativa, producir ganancias y generar riqueza, todos ellos pueden aprovechar esta situación para sacar adelante sus tesis, e incidir en los Estados y en los organismos internacionales como la OCDE, el Banco Mundial, o quizás la UNESCO y en general las Naciones Unidas, que hoy inciden tanto en las políticas educativas, para que se siga acentuando el proceso de desescolarización de la sociedad, y de pasar de la idea de que la educación es un derecho, a la idea de que es un servicio que puede privatizarse.

“Ser maestro sigue siendo una opción y una apuesta por la vida en común, antes que la libertad individual que promueve la sociedad egoísta del mercado”

Pero también podemos salir de esta pandemia advertidos de las graves consecuencias que traería para la humanidad el debilitamiento de la escuela como espacio de formación integral para la vida ciudadana en condiciones dignas, justas y democráticas. Podemos concluir que ahora más que nunca los Estados deben redoblar sus esfuerzos para aumentar los presupuestos que se invierten en la garantía de los derechos básicos fundamentales como la salud, la educación, el trabajo digno, la vivienda, el saneamiento básico y el agua potable. Si no es así, estamos abocados a incrementar la pobreza y con ello a exponernos a futuras crisis provocadas por nuevos virus, en peores condiciones que las actuales.

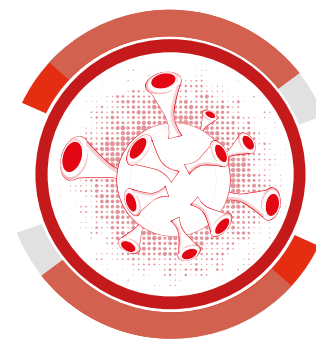
Este experimento forzado provocado por el COVID 19, nos debe servir para mostrar que

la escuela como bien público es imprescindible, y que los maestros son los profesionales garantes de la igualdad de oportunidades para el acceso al conocimiento universal, condición *sine qua non* para una sociedad justa. Pero no sólo porque la sociedad no esté preparada para realizar el paso de la escuela a la educación mediada por tecnologías virtuales, o porque las familias no estén preparadas para asumir la tarea, o no tengan el tiempo para hacerlo.

No. Es porque la escuela es un invento que en medio de todas las críticas que se le hacen, muchas de ellas ciertas, se ha convertido en el único espacio capaz de ofrecer a las nuevas generaciones las condiciones adecuadas para que accedan al conocimiento de manera libre, para estar protegidos de la intemperie que representa la vida social y las rutinas familiares, para aprender a convivir con EL OTRO, para acceder a los códigos lingüísticos elaborados que les liberan del sentido común y de los márgenes de las culturas locales. Para tramitar sus crisis psicológicas de crecimiento en ambientes protegidos por profesionales idóneos y no por pares inexpertos.

En este sentido igualmente importante, para enfrentarse a la invasión de las imágenes, los audios, la información y el sistema de valores que circula en las pantallas de los dispositivos móviles, con criterios madurados, tamizados, procesados y pensados críticamente a través del currículo escolar, en fin, para aprender a amar la libertad que representa estar, sin más, sin la angustia que genera el afán de producir y de ganar.

“Este experimento forzado provocado por el COVID 19, nos debe servir para mostrar que la escuela como bien público es imprescindible, y que los maestros son los profesionales garantes de la igualdad de oportunidades para el acceso al conocimiento universal”



Ser maestro sigue siendo una opción y una apuesta por la vida en común, antes que la libertad individual que promueve la sociedad egoísta del mercado. La profesión de maestro sigue siendo una muestra de que el otro importa, que vale más el interés colectivo que el privado, que si no actuamos colectivamente nos podemos auto-destruir, que sin el OTRO, la existencia se convierte en soledad.

El maestro vive y realiza cotidianamente en la escuela el acto sublime de ser con LOS OTROS; esto representa un modo de ser de la sociedad que está en crisis, es cierto, pero que todavía es posible gracias a la resiliencia que cultivamos cuando estamos juntos, cuando enfrentamos las dificultades en colectivo y no bajo el principio de sálvese quien pueda. Y esto solamente es posible en la Escuela Pública, laica, gratuita y obligatoria.

Los otros inventos y experimentos serán complementos, si se quiere, pero no siempre están regulados por los intereses del bien común; por ello es en la escuela pública, garantizado por el Estado y gobernada democráticamente por profesionales maestros, donde se puede garantizar el derecho humano a vivir en igualdad y en libertad.

En el marco de la cuarta revolución industrial, la tecnología es primordial. Ya estábamos en estas antes de la pandemia. Hubo pérdidas en las condiciones de la pandemia, pero hubo ganancias. El aprendizaje a distancia no es una distribución de contenidos. La tecnología no puede sustituir a los maestros. Primero viene la pedagogía y después la tecnología.

Intervención de la maestra Elisa guerra en el segundo encuentro del Seminario Internacional: Maestros y maestras que inspiran.

